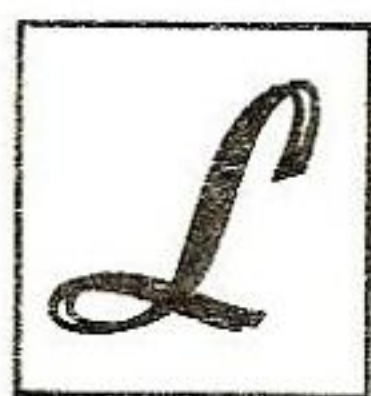


Televisión educativa y escuela

Ancízar Narváez Montoya (*)
CS &P



a discusión que se ha dado desde los años setenta acerca de la relación entre estas dos vertientes del aprendizaje, parece deberse a que, lejos de ser una relación mutuamente enriquecedora, ha sido más bien conflictiva.

Y la razón del conflicto radica en que en torno a la Televisión Educativa, tal como fue concebida en principio, confluyen dos fenómenos sobre los cuales la reflexión ha sido un poco sesgada por intereses no del todo académicos.

Por un lado, el predominio en la política oficial del modelo instruccional conocido como Tecnología Educativa, el cual pretendía imponer un currículo a prueba de maestros, que pudiera ser aplicado independientemente del saber, la experiencia, los hábitos y los intereses del docente, en una palabra, al margen de su cultura, desconociendo que el proceso de enseñanza - aprendizaje constituye ante todo un hecho cultural en el cual se intercambian significados entre educadores y educandos.

Por otro lado, la deificación de la información visual y la cultura de la imagen, que alcanzó su máxima expresión en la masificación de la Televisión dentro de una población, no sólo con altos índices de analfabetismo, sino con reducidísimos hábitos de lectura y menos de escritura, aparte de una muy baja cobertura en general de la educación básica.

Así las cosas, la Televisión se presenta como un mecanismo ideal para resolver varios problemas, entre ellos la cobertura hacia sectores social y geográficamente marginados¹, lo mismo que la efectividad o eficiencia del mensaje transmitido, el cual estaría libre de interferencias aportadas por los intereses y la subjetividad del maestro.

Pero la Televisión Educativa no representó lo que se esperaba, por cuanto no se atendió la especificidad de su lenguaje y su posible articulación con el lenguaje de la escuela, que también tiene las suyas.

En efecto, la escuela es primordialmente el espacio de la cultura letrada, de la lecto escritura y del pensamiento formalizado ². Al ingresar a ella la Televisión, lo hace en calidad de subordinada, de instrumento de ilustración del conocimiento abstracto adquirido por vía de la lectura o el discurso oral personalizado del maestro. En tal caso no juega un papel más importante que el que pueda jugar cualquier otro recurso visual como las carteleras, el dibujo, la fotografía e incluso el pizarrón.

Sin embargo, puede suceder, como en efecto ocurrió durante mucho tiempo, que la Televisión se utilice para reemplazar en determinados momentos al profesor, a través de una pantalla en un salón distinto, un poco más oscuro e incómodo.

En este caso no sólo se desperdician las posibilidades del alumno de interactuar con el maestro, de intercambiar significados, de plantear inquietudes, dada la rigidez del tiempo y la linealidad del discurso didáctico televisado, sino la posibilidad vivencial de estar en el espacio del aula de clase que le es afectivamente cercano, por cuanto éste es de alguna manera moldeado por él y hasta cierto punto le pertenece, en tanto que la sala de televisión pertenece primero que todo a la institución.

Con todo, el ambiente escolar no es el único perjudicado. La propia televisión es la que más pierde porque con esta modalidad se están sacrificando todas las posibilidades expresivas y discursivas del medio televisivo, al ser forzado a ceñirse a un esquema y a cumplir una función para la que no está hecho.

De aquí se desprende entonces que el modelo de las teleclases, reproducido en lo esencial por los llamados videos didácticos, no aporta cosas nuevas a la docencia, pero sí perjudica a la televisión como lenguaje con sus propias particularidades expresivas y de contenido.³

Queda, pues, la alternativa de hacer verdaderos programas de televisión, con los recursos propios del medio, utilizando su lenguaje y su narrativa. Pero en este caso entramos, ahí sí, en un choque de culturas, al introducir en el espacio de la cultura letrada y formalizada de la escuela, que es bastante reducido, la cultura de la televisión con su naturaleza

fragmentaria, inmediatista, hecha para ser disfrutada en un espacio más distensionado. Con ello no sólo pierde ritmo el trabajo escolar sino que la propia televisión no alcanza la fruición con que se aborda en la vida cotidiana.

¿Quiere decir lo anterior que la televisión no tiene posibilidades de jugar un papel educativo en la sociedad? Sería un absurdo desconocer los aportes educativos y enculturizadores que este medio ha hecho al grueso de la población, especialmente en Colombia, donde los niveles de escolarización siguen siendo poco menos que lamentables. Pero una cosa es el papel educador y culturizador de la Televisión en la sociedad y otra muy distinta su aporte cuando es introducida a la fuerza dentro del sistema de educación formal. La Televisión es educativa por naturaleza, porque transmite contenidos, fomenta el intercambio de saberes entre grupos humanos diversos, amplía el horizonte cognitivo de quienes la observan, informa, distrae, influye en la opinión de otros, etc⁴. Además, hace parte del saber acumulado de la humanidad, ella misma es el producto de una cultura, de la cultura electrónica, que es un signo de nuestro tiempo. Tiene credenciales suficientes para ser, por ella misma, educativa, sin necesidad de plegarse, desgastarse y hasta trivializarse en los pretendidos usos didácticos.

Valga decir que la calidad y la naturaleza de sus contenidos no está en discusión, pues el mejor discurso, el más bien intencionado, el más elaborado, no pasará de ser un ladrillo si privamos a la televisión de su propio lenguaje, de la forma de narrar que le es inherente y del espacio y el momento propicio para ser vista y fluida. De suerte que la mejor televisión educativa es la que se ve en la casa, en el tiempo libre, en la posición que más nos gusta y con la compañía que escogemos y no la que se ve en las aulas con pretensiones de cátedra.

Notas

¹ "Tanto las condiciones de marginalidad del medio rural como las nuevas condiciones de marginalidad en las ciudades, obligaron a pensar a los gobiernos y a muchos educadores en la necesidad de cristalizar "nuevas" modalidades educativas que asumieran los distintos sectores de la población que, por diversas causas, no eran cobijados por el sistema educativo formal". JOSE HLEAP. *La Comunicación en la Educación*. Mimeo UTP. 1990. Página 39.

² “La Escuela abriga y cultiva ciertas formas de conocimiento y de comunicación emparentados con las de las ciencias en varios aspectos : su desprendimiento con respecto a la experiencia inmediata, su énfasis en relaciones de tipo universal, y su dependencia de una argumentación que se somete a crítica y que por lo general se apoya en un lenguaje escrito (o impreso). Por ello, el trabajo diario, así como sus efectos más importantes a largo plazo, pueden juzgarse, más que por la cantidad o novedad de los contenidos, por el grado de acceso al dominio de esas formas de comunicación y de conocimiento.

A. MOCKUS, J. GRANES y J. CHARUM. **Conocimiento y comunicación en las ciencias y en la escuela**. Revista Educación y Cultura No. 8. Bogotá. julio de 1986. p.22.

³ Ver el desarrollo de una propuesta de videos pedagógicos y sus grados de elaboración fílmica, en : LOPEZ ; Asbel. **Los videos pedagógicos**. Mimeo. Universidad Javeriana. Bogotá. 1990.

⁴ Al respecto escribe Javier Estinou Madrid : “Cabe denominar como educativos, incluso aquellos efectos generados por procesos no intencionales ni metódicamente dispuestos desde criterios pedagógicos. En este sentido, cualquier programa televisivo desde los anuncios a los telefilmes, pasando por los informativos - es susceptible, en principio, de generar efectos educacionales”, citado por HLEAP, José. Op cit. p. 55.

(*) Docente facultad Comunicación Social y Periodismo
Director Centro de Investigaciones
Universidad de Manizales